

ORACIÓN ANTE LA CRUZ

Señor, he contemplado los pasos de tu Pasión hasta el momento cumbre de tu muerte en la Cruz, y siempre me queda la pregunta: ¿Por qué? Y ¿por qué así? ¿Qué nos quieres decir con tu muerte tan terrible a nuestros ojos?

Sé que no es ficción el relato del Evangelio, y sé que Tú no eras un superhombre. Te dolió el desprecio, la dureza de tu pueblo, la violencia de los soldados, la indiferencia de la gente que te vio pasar por la calle cargado con el madero, y te creyó malhechor.

Tus sufrimientos no fueron irreales. Pero dime, ¿qué te llevó hasta ese límite? ¿Cómo pudiste resistir? ¿Qué secreto llevabas en tu corazón, que te hizo subir al Monte Calvario sin protesta, sin resistencia, sin defensa?

Tú sabes bien el desconcierto que supone para nosotros la prueba, el dolor, la enfermedad, la pérdida de un ser querido, la catástrofe... Ante ellos se dan reacciones muy diferentes, desde la tristeza a la resistencia; desde la sublimación a la desesperanza; desde la conciencia de desgracia, a la ofrenda.

Señor, cuando te contemplo muerto en la Cruz, me pregunto si es posible, humanamente hablando, padecer lo que Tú padeciste y sufrirlo como Tú lo sufriste. ¿Qué puedo decirle a quien está acosado por circunstancias adversas, hasta el extremo de sentirse abandonado hasta de Dios?

Leemos en la Biblia que los tres jóvenes de Babilonia se enfrentaron con el rey, y se arriesgaron, confiando en Dios, a no adorar la estatua real; que prefirieron ser quemados vivos antes que pecar por idolatría. Conocemos las actas de los mártires de los primeros siglos del cristianismo, y de los actuales, y cómo se mantuvieron en actitud valiente, incluso cantando. Ha saltado a las noticias que un sacerdote se atrevió a entrar en la catedral de N.D. de París en medio del fuego, para rescatar el Santísimo Sacramento y reliquias preciosas de tu Pasión y lo han declarado héroe nacional.

Señor, ¿qué fuerza cabe sentir ante la prueba para afrontarla con serenidad y paz, hasta con alegría? He leído el diario de la joven judía Ety Hillesum, que escribió pocos días antes de morir en el campo de concentración: “La vida es bella a pesar de todo”.

Y me viene a la memoria el texto bíblico, que sin duda conocías: “El Señor me abrió el oído, yo no me resistí ni me eché atrás. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes. Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteará contra mí? Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?”

Sé que en tu Cruz se encierra la clave para iluminar la de cada uno. Sé que en tu silencio se encierra el mejor testimonio de solidaridad ante nuestro dolor. Reconozco que cuando se vive según Dios quiere, Él se compromete a hacer posible hasta lo que nos parece insuperable.

No me quiero hacer valiente, ni parecer que estoy sobre el bien y el mal por haber llegado a la santa indiferencia. Te pido, Señor, ante tu Cruz, que en cada circunstancia en la que podamos estar más próximos a la experiencia del dolor, nos trasfundas la fortaleza y la confianza que Tú percibiste como certeza de fe en el amor de tu Padre.